

La niña que hablaba con las estrellas



Andrea Samaniego

Para ana María grayet martinez

La niña que hablaba con las estrellas
Por alguien que aprendió a brillar sola

Vela no tenía muchas cosas.

No tenía muchas amigas.

No tenía juguetes nuevos, ni ropa que cambiara con el sol.

Tampoco tenía una voz que gritara fuerte, ni ganas de que todos la vieran.

Pero tenía algo que casi nadie más tenía:

tenía noches.

Cada noche, mientras la ciudad dormía y los techos se enfriaban con el viento, Vela salía a su ventana.

Se sentaba con una manta vieja, un cuaderno sin dibujos, y miraba el cielo.

Y lo increíble es que...

el cielo le respondía.

La primera vez que lo notó, fue con una estrella que titilaba distinto.

Como si parpadeara con propósito.

—¿Estás hablándome? —preguntó Vela en voz baja, como si le hablara a un secreto.

La estrella no dijo nada, pero algo en su luz cambió.

Desde entonces, Vela no volvió a sentirse sola por completo.

Cada noche, más estrellas se sumaban.

Una le contaba historias de constelaciones que nadie recordaba.

Otra le enseñaba a cerrar los ojos y escuchar lo que su corazón tenía guardado.

Una más, la más pequeña de todas, le susurró:

—Tú también puedes brillar, aunque nadie lo note al principio.

Vela se quedó callada.

No estaba acostumbrada a que alguien creyera eso de ella.

Una noche, después de un día difícil en la escuela, se asomó a la ventana con los ojos rojos y el corazón encogido.

—Hoy me sentí invisible —dijo.

Las estrellas tardaron en responder.

Pero cuando lo hicieron, lo hicieron juntas:

—La luna no necesita que la aplaudan para iluminar la noche.

—Y tú tampoco.

Vela cerró los ojos y respiró hondo.

Sintió el frío en los dedos, el peso de la manta, y la voz tibia del cielo.

Y aunque seguía sin tener mucho,

aunque nadie le había dicho “gracias” o “te extrañé” ese día...

supo que lo poco que tenía le alcanzaba.

Porque tenía su ventana.

Su cuaderno.

Su nombre.

Su voz, aunque no gritara.

Y el cielo entero, hablándole solo a ella.

Desde esa noche, Vela empezó a escribirle cartas al cielo.

No para pedirle cosas.

Sino para decirle: “Gracias por quedarte cuando todo lo demás se va.”

Y el cielo, como siempre,

respondía con luz.